

## **Efesios 1:16-23**

Sermón Efesios 1:16-23 Ascensión 2012 Hechos 1:1-11; Lucas 24:44-53.

“No ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él; que él alumbre los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos y cuál la extraordinaria grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la acción de su fuerza poderosa. Esta fuerza operó en Cristo, resucitándolo de los muertos y sentándolo a su derecha en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad, poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el venidero. Y sometió todas las cosas debajo de sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo.”

Aunque el día de la Ascensión será el jueves, estamos aprovechando este domingo para celebrar este importantísimo acontecimiento. Para esto hemos escogido la Epístola para el día de la Ascensión, una sublime oración del apóstol Pablo para los cristianos de Éfeso que es igualmente aplicable a nosotros hoy día. En el día de la Ascensión recordamos que nuestro Salvador resucitado, después de 40 días en que aparecía a sus discípulos después de su resurrección, y después de instruirlos a hacer discípulos a todas las naciones y bendecirlos, fue alzado al cielo y ocultado de su vista con una nube. Nuestro texto nos dice lo que significa la Ascensión de Jesús, cuando dice: “sentándolo a su derecha en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad, poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el venidero”. Es el día en que nuestro Señor exaltado se sienta a la diestra de Dios, para ejercer todo el poder que pertenece a Dios y ser el que gobierna todas las cosas.

¿Qué es lo que Cristo logró para nosotros después de su muerte y resurrección con su gloriosa ascensión para sentarse a la diestra de Dios Padre todopoderoso? En nuestro texto el apóstol Pablo ora para que **crezcamos en el conocimiento de lo que Cristo ha logrado para nosotros. Primero, en el**

**conocimiento de la esperanza a que Cristo nos ha llamado, Segundo, en el conocimiento de la grandeza de la herencia a que hemos sido llamados, y tercero, el conocimiento del poder que Dios ha ejercido en Cristo para darnos esa esperanza y herencia.**

Pablo abre esta sección diciendo: “Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús y de vuestro amor para con todos los santos” (Efesios 1.15). Pablo escribe a los que ya son cristianos, de los cuales ha recibido información acerca de su fe en el Señor Jesús y su amor para con los demás creyentes que resulta de esa fe. Eso lo alegra, de modo que lo primero que hace es dar las gracias a Dios por esa fe y amor. Después de todo, la fe en el Señor Jesús es lo que hace a uno un cristiano, y el amor a los hermanos es la manera en que Dios mismo indica que debemos demostrar esa fe. En el primer versículo de nuestro texto, Pablo dice: “No ceso de dar gracias por vosotros”. Como veremos, nadie puede obtener esta fe y amor por él mismo o ella misma. Más bien Dios mismo mediante el evangelio y la obra del Espíritu Santo ha producido esa fe y ese amor.

Pero tampoco se queda Pablo allí con dar las gracias a Dios por lo que ya ha hecho. Desea que estos cristianos crezcan y reciban siempre mayores dones de Dios en el presente y el futuro también. Así que Pablo dice que “[hago] memoria de vosotros en mis oraciones”. Puesto que Pablo inmediatamente sigue con una lista de cosas que está pidiendo por estos cristianos efesios, es evidente que esta frase aquí se refiere especialmente a la intercesión, dirigir peticiones a Dios a favor de otras personas.

¿Qué es lo que Pablo pide a Dios para estos cristianos? En primer lugar, **el conocimiento de la esperanza a que Cristo nos ha llamado**. Ora al “Dios de nuestro Señor Jesucristo”. Como nuestro hermano, un verdadero ser humano, el Padre es el Dios de Cristo. Cristo mismo dijo: “Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios” (Juan 20.17). También lo llama: “el Padre de gloria”. Lo que esto quiere decir es que Dios Padre es “la sustancia esencial de la gloria que él ha hecho accesible a nosotros al enviar a su Hijo al mundo” (J.P. Koehler). Pide, entonces, a este Dios glorioso a quien Cristo ha hecho también nuestro Dios, que él nos conceda siempre más mediante su Espíritu Santo tener un verdadero conocimiento, un conocimiento por experiencia, de “cuál es la esperanza a que él os ha llamado”. Dios nos ha llamado. Lo ha hecho por medio del

evangelio que nos proclama las buenas nuevas del perdón de pecados y la vida eterna por medio de Jesucristo. Aunque fuimos elegidos por Dios desde la eternidad, esto llega a ser nuestra posesión personal en el tiempo cuando por medio de este llamamiento del evangelio el Espíritu Santo despierta la fe en nuestro corazón. Pero de la fe nace también la esperanza, una confianza de lo que recibiremos en el futuro basado en las fieles promesas de Dios. Muchas de las debilidades de nuestra vida cristiana vienen cuando alejamos nuestra atención de aquello que debe formar nuestra esperanza, la gloria que Dios proveerá para nosotros después de cumplir nuestro tiempo en este valle de lágrimas. La esperanza es lo que nos hace ver las señales del fin del mundo cumpliéndose y en vez de estar aterrados, nos preparamos para levantar la cabeza porque nuestra redención se acerca. Pablo pidió esto para los creyentes en Éfeso. Seguramente es algo que querremos pedir para nosotros y otros también, para que no nos fijemos sólo en las circunstancias de esta vida terrenal, sino que realmente, como dice Pablo en Colosenses, “Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra, porque habéis muerto y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria” (Colosenses 3.1–4).

Pablo también quiere que crezcamos en **el conocimiento de la grandeza de la herencia a que fuimos llamados**. El cristiano es hecho heredero de Dios y coheredero con Cristo tan pronto que llega a la fe. Pero no siempre está consciente de la grandeza de lo que heredará, así que Pablo pide un crecimiento en ese conocimiento. Debemos conocer “cuáles [son] las riquezas de la gloria de su herencia en los santos”. El crecimiento no sólo nos revelará siempre con más claridad la verdadera gloria que nos espera cuando seamos como Cristo porque veremos a él como él es, sino aquí en énfasis está en la palabra en, o entre, los santos. La gloria a que Cristo nos ha llamado es algo que compartiremos con todos los demás santos redimidos por Cristo. Cuando vuelva Cristo, sin ninguna cosa para perturbar ya nuestra vida gloriosa en la presencia de Cristo y de todos nuestros hermanos, viviremos en su gloria alabando siempre a nuestro Salvador glorioso que aun ahora ocupa su trono celestial, pero entonces será revelado ante los ojos de todos como Rey de reyes y Señor de señores y nosotros seremos

revelados como sus queridos redimidos con quienes comparte su gloria celestial.

La tercera cosa en que Pablo quiere que los efesios crezcan es **el conocimiento del poder que Dios ha ejercido en Cristo para darnos esa esperanza y herencia**. Como Pablo nos recuerda al comienzo del capítulo siguiente de Efesios, éramos muertos en delitos y pecados, incapaces de hacer nada para recibir la vida verdadera. El hecho de que ahora creemos y esperamos y somos herederos del cielo se debe al gran poder de Dios venciendo nuestra muerte espiritual e incredulidad mediante su poder. Quiere que conozcamos “cuál [es] la extraordinaria grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la acción de su fuerza poderosa”. Ese poder ha actuado, ha estado activo. El Espíritu Santo ha actuado mediante el evangelio que los cristianos han oído, creando la fe en Cristo en sus corazones y dándoles así la fe y la esperanza, haciéndolos en lugar de reos del infierno herederos de la gloria celestial. Esta acción del poder de Dios se compara con el que ha producido la resurrección del Señor Jesucristo de la muerte física: “Esta fuerza operó en Cristo, resucitándolo de los muertos”. No sólo resucitó por este poder, sino también ascendió al cielo: “y sentándolo a su derecha en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad, poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el venidero”. En otras palabras, la misma fuerza que Dios usó para exaltar a su Hijo también según su naturaleza humana de modo que ahora también como hombre ejerce todo el poder divino, toda la divina omnipotencia, es el poder que también estaba activo en la predicación del evangelio y ha producido en nosotros la fe y la salvación.

Lo demás que dice de Cristo es para asegurarnos de que podemos afrontar cualquier peligro y duda de esta vida con la plena confianza en que este poder que el Señor exaltado ya ha ejercido en nosotros lo seguirá haciendo hasta llevarnos a salvo a nuestra gloriosa herencia celestial. ¿Qué poder ejerce Cristo? Poder absoluto. Está sobre todo principado y autoridad, poder y señorío. Ningún ángel ni demonio puede igualarlo o dominarlo. Esto es el caso ahora, y será el caso por toda la eternidad, “no solo en este siglo, sino también en el venidero”.

¿Cuál es nuestra confianza para el futuro? Es que este Rey de reyes y Señor de señores es nuestro Rey y Salvador. “Lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia”. Esta gran coronación

de Jesucristo es en beneficio de su iglesia. Todo ese poder ilimitado que Cristo posee es ejercido para el bien de su iglesia. Realmente, a pesar de que vivimos por fe, no por vista, estamos en una relación sumamente íntima con nuestro Redentor. La iglesia aquí se llama el cuerpo de Cristo, por su íntima unión con Cristo, quien es la cabeza del cuerpo. La cabeza ya es exaltada. ¿Podrá dejar a su cuerpo en la miseria y el sufrimiento para siempre? Como dice un himno, ¿Puede resucitar la cabeza y dejar muertos a sus miembros? No. Ésta es la segura esperanza que tenemos, ésta es la gloriosa herencia que nos espera. Reinaremos con él para siempre, con aquel a quien Dios sometió todas las cosas debajo de sus pies. Es Cristo que llena su cuerpo con toda bendición espiritual, y finalmente lo glorificará eternamente.

Hermanos, esto es lo que nos espera. Tengámoslo presente cuando vemos las imperfecciones y las tribulaciones de esta vida presente. Estas cosas no son la realidad duradera, sino una circunstancia pasajera. Lo que Cristo prepara para nosotros desde su trono celestial es la verdadera realidad, y por fe la alcanzaremos con su poderosa protección y sustento.

Amén.